

juicios que emitimos respecto de Cartago no debemos olvidar que su historia ha sido escrita por los Romanos. Pero no creemos hacerles una injusticia, colocándolos por bajo de su rival en los sentimientos humanos. Sin embargo, Roma dista mucho de hacer la guerra con humanidad. La guarnición púnica de una ciudad siciliana había sufrido un sitio de siete meses; los habitantes se morían de hambre; las lágrimas de las mujeres y de los niños ablandaron el corazón de los soldados; se marcharon y dejaron á los ciudadanos el cuidado de tratar con el enemigo. Los Romanos no tuvieron piedad; bajo el pretexto de dar un ejemplo, mataron todo lo que respiraba; no se hicieron más que escaso número de prisioneros que fueron reducidos á la esclavitud (1).

Los Cartagineses excedieron en crueldad á los Romanos. El suplicio de Régulo ha adquirido una triste celebridad en la historia del derecho de gentes. Sabido es que el general cautivo, enviado con embajadores cartagineses para pedir la paz ó para proponer al ménos un rescate de prisioneros, hizo rechazar toda idea de tratado y de canje; á su vuelta á Cartago fué entregado á los tormentos de una muerte lenta; dícese que fué expuesto al sol de África, despues de haberle cortado los párpados; se le privó de todo sueño encerrándole en una caja erizada toda por dentro de puntas de hierro. Tal es la narración de los autores latinos (2). Desde el siglo XVI Palmer la combatió; Beaufort dió nuevas razones para dudar de ella; Niebuhr ha sido de la misma opinión. El silencio de Polibio, el más grave y el más antiguo de los historiadores, hace en efecto dudosa esta tradición. Se ha supuesto que era una fábula inventada con el fin de aumentar el odio de Roma hácia su rival, ó para excusar la crueldad de Roma con los prisioneros cartagineses (3). Sin embargo, es difícil considerar como una pura invención un hecho atestiguado por una multitud de escritores dignos de fe y referido por todos casi con las mismas circunstancias.

(1) NIEBUHR, t. III, p. 535.—POLYB., I, 24, 11.—Los Romanos obraron del mismo modo en Panormia (NIEBUHR, t. III, p. 548).

(2) Las fuentes están citadas en la *Real-Encyclopädie*, t. I, p. 987. Debe añadirse SENECA (*De Provid.*, c. 3) y SAN AGUSTIN (*De civitate Dei*, I, 45).

(3) NIEBUHR, t. III, p. 551-553.

Por otra parte, ¿no están conformes estos testimonios con lo que sabemos acerca de la cobarde barbarie de los Cartagineses? Una aristocracia que crucificaba á los generales no favorecidos por la fortuna, y que dejaba morir de hambre á los mercenarios no debía retroceder ante el suplicio de un enemigo.

Desde la primera guerra con Cartago se quejan los Romanos de la *fe púnica* (1). El pueblo que no se sonrojaba de aliarse con los Mamertinos no tenía derecho para hablar de fe y de justicia. Roma empezó la guerra faltando al honor; la terminó abusando de la debilidad de su enemigo vencido, por apoderarse en plena paz de la Cerdeña y de la Córcega. La ocupación de la Cerdeña es un acto de piratería en toda la extensión de la palabra. Apenas estaba terminada la primera guerra púnica, cuando estalló la *inexpiable* guerra de los mercenarios. Los soldados que ocupaban la Cerdeña se unieron á sus compañeros de África. Roma no se atrevió á decidirse abiertamente por los sublevados, pero cuando éstos le ofrecieron las plazas que ocupaban en la Cerdeña, la tentación fué demasiado grande para la virtud romana. El Senado aceptó la oferta y así se hizo cómplice de piratas de alquiler. Su conducta en esta ocasión no puede compararse más que á la del encubridor que viene en auxilio del ladrón, pero que más diestro que él se apropia la cosa robada. Rollin no se equivoca al decir que es una mancha en la gloria de los Romanos que no podrá borrar ninguna de sus más bellas acciones (2). Ya en la antigüedad Polibio confesó que la ocupación de la Cerdeña justificaba la ruptura del tratado que Roma echaba en cara á los Cartagineses.

N.º 3. Segunda guerra púnica.

La guerra de Anibal desoló á la Italia durante diez y siete años. Solamente en la batalla de Cannas perecieron ciento setenta y siete senadores. Al final de la guerra la población de Roma había disminuido en una cuarta parte. El relajamiento de los lazos sociales era tal, que en un solo año, y solamente en la Apulia, fueron con-

(1) FLOR., II, 2.

(2) ROLLIN, *Historia romana*, lib. XIII, § 1.—POLYB., III, 23.

denados por bandoleros siete mil hombres. Cuando el historiador se encuentra en frente de una de estas grandes calamidades que hacen de los anales del género humano como un inmenso martirologio, se pregunta con ansiedad cuál es el fin de toda esta sangre y de todas estas ruinas. No es de Aníbal la responsabilidad; él defendía una santa causa, la independencia de su patria; aunque él tomó la iniciativa de las hostilidades, la guerra que hizo á Roma era en realidad defensiva. Si hay algun culpable, es Roma, porque su ambicion invasora fué quien la puso en colision con Cartago. Pero si la historia debe censurar el espíritu de conquista, debe reconocer tambien lo que hay de providencial en las incesantes guerras de los Romanos. La monarquía universal, á la cual aspiraban por instinto, tenía su razon de ser, y por esto están justificadas las vías por las cuales la Providencia condujo á los rudos conquistadores al fin que les habia asignado. La guerra de Aníbal es uno de los grandes momentos de esta lucha secular. Hasta allí los Romanos no habian aspirado más que á fundar una dominacion italiana; su colision con los Cartagineses les hizo ambicionar el imperio del mundo. Se encontraron dueños de la España casi sin quererlo. La conquista del Africa fué la consecuencia necesaria de la caída de Cartago. La alianza entre Aníbal y Filipo, que hubiera podido llegar á ser funesta al pueblo rey, exigió su intervencion en Macedonia y en todos los estados fundados por los sucesores de Alejandro. Puede, pues, decirse, que Aníbal, queriendo arruinar á los Romanos, preparó las vías á su grandeza futura.

El gran guerrero tenía ademas otra mision. Las comunicaciones practicadas por los conquistadores señalados por el dedo de Dios responden á necesidades ménos pasajeras que las de la guerra; sirven á las relaciones de los pueblos, favorecen el comercio de las ideas y las simpatías de las naciones, y ayudan así á constituir la unidad y la fraternidad del género humano. Tal fué el camino abierto por Aníbal á través de los Alpes. Roma y Napoleon lo continuaron; él une hoy á la Italia y á la Francia, esperando el gran día de la alianza de los pueblos (1). Detengámonos un

(1) MICHELET, *Historia romana*, lib. II, c. 5.

instante al pié de esos Alpes, que solamente un semidiós, Hércules, habia franqueado con un ejército ántes que Aníbal (1). Cuando los Cartagineses descubrieron los ventisqueros era fin de Octubre, y ya los caminos desaparecian bajo la nieve: «Aun cuando los soldados estaban ya prevenidos por la fama, que exagera las cosas desconocidas, cuando vieron de cerca la altura de las montañas, las nieves que parecian confundirse con el cielo, los seres animados é inanimados paralizados por el hielo, toda aquella desolacion del invierno renovó el terror del ejército.» Aníbal se vió obligado á reanimar á sus soldados (2): «¿Creian, pues, que los Alpes eran otra cosa que altas montañas? Que los supongan más altos que la cúspide de los Pirineos; ninguna tierra toca al cielo ni es inaccesible al género humano. Los Alpes están habitados y cultivados; producen y mantienen seres vivos. Si son practicable para algunos hombres, ¿por qué no lo han de ser para los ejércitos? Los enviados de las montañas, que veian delante de sí, no las habian franqueado volando. Sus antepasados, por otra parte, no eran indígenas; salidos de una tierra extraña, habian venido á establecerse en Italia y habian pasado los Alpes sin peligro, muchas veces en bandas numerosas, con sus mujeres y sus hijos, como sucede en las emigraciones. ¿Qué podia haber infranqueable para un soldado armado que no llevaba más que sus pertrechos de guerra?»

La empresa de Aníbal era audaz; es digna de ser comparada á la expedicion de Alejandro á la India. Pero ¡cuán superior es el héroe griego al general africano! Tambien Alejandro tenía que cumplir una obra de venganza, pero en él este sentimiento no era más que una palanca para levantar á la Grecia; atribuíase una mision más elevada que la de humillar á los Persas. En Aníbal domina el odio hácia Roma; ésta es la causa de su inferioridad, porque nada grande se hace por malas pasiones. No es esto que nosotros demos crédito á todo cuanto se cuenta de la crueldad y de la perfidia de Aníbal (3). Las narraciones de los autores

(1) CORNEL. NEP., *Annib.*, c. 3.

(2) LIV., XXI, 32.—MICHELET, II, 5.—LIV., XXI, 30.

(3) ROLLIN hace una crítica muy justa de la narracion de Tito Livio (*Historia romana*, lib. XXIV, § 5).

latinos no prueban más que la profundidad de los odios nacionales que reinaban entre los antiguos. Bajo este punto de vista merecen ser recogidas, como testimonio precioso del patriotismo de la antigüedad. Segun *Tito Livio* el general cartagines se distinguía por «una crueldad feroz y una perfidia más que púnica; no tenía franqueza alguna, ni pudor, ni temor de los dioses, ni respeto por la fe de los juramentos, ni religion alguna» (1). El cuadro del ejército de Aníbal es digno compañero de éste: «El Cartagines, nuestro enemigo, arrastra en pos de sí soldados sin derechos, sin leyes, casi sin lenguaje humano. Aquellos hombres, naturalmente salvajes, su jefe los ha hecho todavía más salvajes, haciéndoles construir puentes apoyados sobre montones de cadáveres, y, lo que no puede decirse sin horror, enseñándoles á alimentarse de carne humana» (2). No es solamente á los historiadores á quienes un ciego patriotismo conduce á estas calumnias; los filósofos se asocian á ellas. *Ciceron* declara que «Cartago no tenía fe y que Aníbal era cruel» (3). *Séneca* hace del gran general un hombre sanguinario (4). Los poetas exageran todavía si es posible estos horrores (5). Cuando se trata de averiguar en qué hechos fundan sus acusaciones los escritores latinos, se admira el poder del odio. La censura de perfidia es una pura invencion; no se cita ni una sola ocasion en la que Aníbal haya faltado á la fe prometida. En cuanto á la acusacion de crueldad, *Polibio* la declara exagerada; explica y excusa la conducta del general cartagines, sea por las circunstancias en que se encontró colocado, sea por las costumbres de la guerra (6).

(1) LIV., XXI, 4. C. XXXIII, 45.

(2) IBID., XXIII, 5.

(3) *De Offic.*, I, 12. C. *De Amic.*, c. 8.

(4) SÉNECA, *De ira*, II, 5: «Cuéntase que Aníbal, á la vista de un foso lleno de sangre humana, exclamó: ¡Soberbio espectáculo! ¡Cuánto más bello le hubiera parecido si la sangre hubiese llenado un río ó un lago! ¡Es de admirar que semejante espectáculo te seduzca más que cualquier otro, á tí, nacido en la sangre, y que en tu infancia te has ejercitado en matar!»

(5) SIL. ITAL., I, 56-60: «Todo su sér, hasta el fondo de sus entrañas, ardía en sed de sangre humana.»

(6) POLYB., IX, 22, 8-10, IX, 26.—Polibio dice que Aníbal, despues de haber tomado una poblacion por asalto, mandó matar á todos los habitantes que estuviesen en edad de llevar las armas; pero, áun al atribuir esta conducta á su odio

No escribimos la apología de Aníbal. Estamos dispuestos á creer que no todo es invencion en las narraciones de los escritores latinos. Aníbal hacía una guerra á muerte á Roma; el odio nacional parecia legitimar todos los excesos. La política misma le llevaba á la crueldad. Venía, segun decia á los Italianos, á librarlos de la tiranía romana; enviaba libres y sin rescate á los prisioneros que les hacía, al paso que encerraba en calabozos á los Romanos y les prodigaba la injuria y el ultraje (1). Si podemos dar fe á los testimonios de *Appiano* y de *Valerio Máximo* (2), se complacia en hacer combatir entre sí á los cautivos pertenecientes á la nobleza, para divertir á sus Africanos con estos espectáculos de gladiadores.

La Italia se ha resentido por largo tiempo del paso de Aníbal. La maldicion que *Virgilio* puso en boca de Dido moribunda se cumplió: «Que salga de mis huesos un vengador, que á sangre y fuego persiga por todas partes á los hijos de Dardano» (3). El ejército cartagines, casi enteramente compuesto de mercenarios, no respiraba más que pillaje (4). Fué preciso el imperio extraordinario de Aníbal sobre sus soldados para impedirles que devastasen el territorio de los aliados que él debia gobernar, puesto que queria levantarlos contra Roma. Pero cuando Aníbal fué llamado á Africa, no le exigió ya la política moderacion; dominado por la desesperacion y la rabia que experimentaba de deber dejar aquella Italia que casi habia llegado á ser su patria á fuerza de victorias, dejó horribles recuerdos á los Romanos: «En el momento de marcharse envió á uno de sus lugartenientes bajo el pretexto de visitar las guarniciones de las ciudades aliadas, pero en realidad á arrojar á los ciudadanos y entregar sus propiedades al pillaje: queria enriquecer á sus soldados, á fin de asegurarse un apoyo contra las acusaciones de los Cartagineses. Várias ciudades lo

contra los Romanos, tiene cuidado de añadir que tales eran las costumbres de la guerra (POLYB., III, 86, 11).

(1) POLIB., III, 85, 1-4.—LIV., XXII, 7.

(2) APPIAN., VIII, 23.—VAL. MAXIM., IX, 2, ext. 2.—C. DIODOR., *fragm.*, XXVI, 14 (*Excerpta de virtut. et vit.*, p. 568).

(3) VIRGIL., *Æneid.*, IV, 625, 626.—C. VALER. MAX., IX, 3, ext. 3.

(4) LIV., XXII, 9: «*Præda ac populationibus, magis quam otio aut requie gaudentibus.*»

conocieron y se insurreccionaron; los ciudadanos triunfaban en unas, los soldados en otras: no habia por todas partes más que muertes, robos, violaciones y pillaje. Aníbal deseaba conducir consigo á sus veteranos italianos, pero en vano les prodigó las promesas más magníficas; no pudiendo arrastrarlos los desarmó y permitió á sus soldados escoger esclavos entre ellos; hubo algunos que obedecieron, pero la mayor parte se avergonzaban de tener por esclavos á antiguos compañeros. Aníbal, reunió á los que quedaban con los caballos y bestias de carga que no podia trasportar, y los hizo degollar á todos, hombres y animales» (1).

Los generales romanos que lucharon con Aníbal no pueden compararse por el genio militar, pero Roma triunfa sobre Cartago, como la causa del porvenir triunfa sobre la del pasado. Esta superioridad brilla sobre todo en dos hombres: Escipion el Africano y Marcelo el vencedor de Siracusa.

Segun *Montaigne*, Escipion fué «en bondad y en todas sus demas cualidades superior en alto grado á cualquier hombre de su siglo» (2). Era una naturaleza heroica, caballeresca (3); «no habia en él nada de la antigua austeridad romana, tenía un carácter griego más bien y algo de Alejandro» (4). La civilizacion de la Grecia empezaba á penetrar en Roma. Escipion fué el representante del espíritu helénico en lo que tiene de más humano. Examinemos su vida.

Los Cartagineses habian conquistado la España; allí, como en todos los países que les estaban sometidos, se mostraron crueles y avaros (5). Miétras su dominacion se vió amenazada por los Romanos, afectaron dulzura y humanidad; cuando las victorias de Aníbal en Italia y las derrotas de los generales romanos en España consolidaron su poder, no pusieron ya freno á sus malas pasio-

(1) APPIAN., VII, 68, 69.—MICHELET, *Historia romana*, II, 5.

(2) MONTAIGNE, *Ensayos*, II, 28.

(3) «El nombre de Escipion el Africano, dice CHATEAUBRIAND (*Itinerario de Paris á Jerusalem*), es uno de los más bellos nombres de la historia. El amigo de los dioses, el generoso protector de la desgracia y de la belleza, Escipion tiene algunos rasgos de semejanza con nuestros antiguos caballeros.»

(4) MICHELET, *Historia romana*, II, 5.

(5) LIV., XXVII, 17.

nes (1). Pero creyeron demasiado pronto asegurado su imperio; bastaron algunos años á Escipion para acabar con él. Su humanidad le atrajo todos los pueblos. Despues de la toma de Cartagena dejó libres á los prisioneros españoles; éstos apenas podian creer en una felicidad tan inesperada, lloraban de alegría y le adoraban como á su dios salvador (2). Escipion halló en la ciudad los rehenes de todas las tribus de España. Los acogió con bondad y les prometió devolverlos á sus casas: acarició á los niños y les hizo regalos proporcionados á su edad. Cuando la anciana esposa del jefe Mandonio fué á suplicarle que hiciese tratar á las mujeres con más dulzura, pensó primeramente que se trataba de su manutencion; pero cuando vió llorar á la cautiva por los ultrajes que habian sufrido, lloró él tambien. Estos rasgos de sensibilidad y de humanidad nos parecen más admirables que la continencia tan admirada del jóven general. Los Españoles celebraron por todas partes las virtudes de Escipion, «héroe semejante á los inmortales, venido á España para subyugarlo todo por sus armas, por su clemencia y por su generosidad» (3).

Un historiador griego dice que la conducta de Escipion en España no dejó de ser calculada (4). Es verdad que la política romana pedia humanidad, pero segun los testimonios unánimes de los autores antiguos debemos creer que los sentimientos de Escipion estaban conformes con el interes de Roma. Su naturaleza generosa no se desmintió, cuando encomendándose á la proteccion divina llevó la guerra al Africa. Los Cartagineses, contando con la victoria miétras Aníbal no fuese vencido, no temieron mancharse con una doble violacion del derecho de gentes. Se apoderaron, durante una tregua, de navas romanas que la tempestad habia arrojado sobre sus costas. Escipion pidió una satisfaccion por este atentado. Los Cartagineses, como si quisiesen justificar la censura de fe púnica, trataron á los enviados con honor, y, á

(1) POLYB., X, 36, 3-7: μετὰ γὰρ τὸ νικῆσαι μὲν τὰς Ῥωμαίων δυνάμεις,..... ὑπολαβόντες ἀδύρητον ὑπάρχειν αὐτοῖς τὴν Ἰβηρίαν, ὑπερηφάνως ἐχρῶντο τοῖς κατὰ τὴν χώραν. Τοιναροῦν ἀντὶ συμμάχων καὶ φίλων πολεμίου, ἔσχον τοὺς υποταττομένους.

(2) IBID., X, 17, 7, 8.

(3) IBID., X, 18 y sig.—LIV., XXVI, 49 y sig.—MICHELET, II, 5.

(4) APPIAN., VI, 23: θεραπεύων τὰς πόλεις.

pesar de que los escoltaban, trataron de matarlos (1). Estos dos crímenes habian tenido lugar sin intermision, cuando Lelio llegó de Roma con los embajadores cartagineses que habian ido á negociar la paz. Nadie dudaba que el general romano vengaria en los enviados de Cartago los crímenes de que su patria se habia hecho culpable. Escipion mandó que respetasen su inviolabilidad (2).

Los Romanos trataban á los reyes vencidos más bien como criminales que como enemigos. Escylax cayó en poder de Escipion; el vencedor deploró la suerte de aquel príncipe, en otro tiempo tan feliz y entónces cargado de hierros. «Era de parecer, dice un historiador, de que jamas debe insultarse la desgracia de un prisionero» (3). La humanidad de Escipion no sirvió al rey de los Númidas; pereció en una prision romana. Escipion mostró la misma compasion hácia los pueblos vencidos. Si hubiera querido destruir á Cartago hubiera podido hacerlo. Se le censura el no haberlo hecho. Esta censura es el mayor título de gloria del jóven héroe. El genio de Aníbal, inútilmente prodigado en los campos de batalla de Italia, era una prueba evidente de que los Cartagineses no se hallaban en estado de disputar el imperio del mundo á los Romanos. Despues de su derrota la colonia de Tiro fué reducida á la humilde condicion de una ciudad comercial: como tal era todavía un elemento de civilizacion. Destruirla hubiera sido una barbárie inútil. Este odioso papel estaba reservado á un hombre que lleva el nombre de Escipion, pero que no merecia esta gloriosa adopción (4).

Marcelo, el émulo de Escipion, era como él, partidario de la civilizacion helénica. A creer á *Plutarco*, él fué el primero de los Romanos que dió ejemplo de la dulzura y de la virtud políticas, y probado que Roma excedia á las naciones extranjeras tanto en equidad como en valor (5). En efecto, hay nobleza en su conducta, tal

(1) Murieron algunos, segun el testimonio de Apiano (APPIAN., VIII, 34.—POLYB., IX, 1 y sig.—LIV., XXX, 25).

(2) POLYB., XIV, 4, 7 y sig.—LIV., XXX, 25.—APPIAN., VIII, 35.

(3) DIODOR., *fragm.* XXVII, 6.

(4) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. I, p. 635 y sig.

(5) PLUTARCH., *Marcell.*, c. 20.

como la pintan *Plutarco* y *Tito Livio* (1); pero ¿no habrán idealizado al héroe estos dos historiadores? Es cierto que llevó algunas veces la severidad hasta la crueldad, y que cuando se trataba del interes de Roma no retrocedia ante la perfidia (2). La manera con que trató á Siracusa es celebrada por todos los escritores antiguos como una accion de rara humanidad. Dícese que considerando la grandeza y belleza de aquella ciudad que iba á ser entregada al saqueo, lloró: «Se representaba, dice *Plutarco*, lo que era, y cuánto iba á cambiar en un momento de forma y de aspecto, destrozada por su ejército. Los soldados pedian el saqueo; ni un oficial se atrevia á oponerse á ello, algunos áun querian que la ciudad fuese incendiada y arrasada.» Costó trabajo el arrancar á Marcelo el permiso para apoderarse de los tesoros y de los esclavos; prohibió expresamente el tocar á los hombres libres. «A pesar de esta prohibicion, le parecia todavía que la suerte de la ciudad era digna de piedad; en medio de la viva alegría que experimentaba, dejaba ver la compasion y el dolor que sentia al pensar que en breve todo aquel esplendor y toda aquella felicidad habrian desaparecido.» Sabido es que la humanidad del vencedor no salvó la vida de Arquímedes. Marcelo rechazó como sacrilego al matador del gran geómetra; hizo buscar y tributar honores á los parientes de la víctima (3).

Escipion y Marcelo sufrieron la influencia del genio griego; son los representantes más avanzados de la nueva civilizacion. Pero la Grecia misma que inició á los Romanos en la vida intelectual no habia llegado á despojar á la guerra de su antigua barbárie. Al penetrar el helenismo en Roma, no podia pues introducir la humanidad en el derecho de gentes. A pesar de los Escipiones y de los Marcelos, la segunda guerra púnica ofrece rasgos de ferocidad y de perfidia.

Los Romanos habian conquistado una gran parte de la Sicilia. Las ciudades sicilianas excitadas, sea por las intrigas de Cartago, sea por una disposicion natural para variar, se sublevaron.

(1) PLUTARCH., *Marc.*, c. 10: τῷ φουσι φιλανθρώπων. Honraba el valor, áun en los enemigos (Ib. C. 11, 13, 19, 20).—LIV., XXIII, 15, 16; XXV, 5-7.

(2) APPIAN., *Sicul.*, 4, 5.—LIV., XXIII, 17, XXIV, 39.

(3) PLUTARCH., *Marcell.*, 19 (traduccion de PIERRON).

Tito Livio dice que por todas partes las guarniciones romanas eran arrojadas de las ciudadelas ó sorprendidas á traicion por los habitantes. El jefe de Herma, temiendo una cosa parecida, resolvió anticiparse á los Sicilianos; se hizo traidor para no sucumbir á la traicion: «Mientras que los habitantes estaban reunidos en el teatro para deliberar, los soldados se lanzan, á una señal convenida, unos sobre la asamblea, otros á las salidas del teatro. Los ciudadanos encerrados en aquel profundo recinto son muertos; caen en masa heridos por los Romanos ó ahogados en su huida. Los Romanos se extienden por todas partes. Herma parece una ciudad tomada por asalto. Aunque los soldados no tenian que matar más que á una multitud sin armas, lo hacian con tanto encarnizamiento como si hubiesen estado animados por los riesgos y el ardor de un combate contra fuerzas iguales.» *Tito Livio* no sabe si debe llamar á este golpe de mano culpable ó necesario (1). Es difícil ver en él más que una atroz venganza. El historiador mismo dice que la ciudadela ocupada por los Romanos era inexpugnable. ¿Dónde estaba, pues, la necesidad de hacer traicion para que no se la hiciesen á él? Sin embargo, Marcelo no mostró descontento por esta vengonzosa perfidia; contaba con que el temor contendria á los Sicilianos é impediria entregar las guarniciones romanas. Esta política era indigna de Marcelo; y como sucede siempre, los sucesos probaron que la lealtad y la humanidad hubiesen sido más provechosas que la traicion y la crueldad. En toda la Sicilia se miró aquella horrible carnicería como un atentado tanto contra los dioses como contra los hombres; los pueblos que hasta entónces no se habian declarado se pasaron á los Cartagineses (2).

Sin embargo, no son estos los mayores crímenes que echamos en cara al pueblo rey. Aun comprendemos que en la guerra de Africa no hayan dado cuartel los Romanos á los Cartagineses (3); era un triste, pero inevitable resultado de los odios nacionales. Pero lo que será un borron eterno para Roma, es el ódio con que el Senado persiguió al vencedor de Cannas hasta su muerte. Que

(1) «*Aut malo aut necessario facinore*» (LIV., XXIV, 37).

(2) LIV., XXIV, 37-40.

(3) IBID., XXX, 5.

los soldados, en el campo de batalla, olviden la piedad, el furor del combate les excusa; pero la venganza, que se encarniza con un enemigo vencido, que le acosa de refugio en refugio hasta que se ve obligado á darse la muerte, revela sentimientos profundamente inhumanos.

Aníbal, puesto á la cabeza de la república, imprimió una nueva vida á Cartago. Pero se creó enemigos en todos aquellos que se habian aprovechado de la corrupcion del gobierno para enriquecerse á expensas del Estado. Excitaron contra él á los Romanos, quienes, dice *Tito Livio*, buscaban un pretexto para satisfacer su ódio. Complace el ver á Escipion luchando contra esta coalicion de viles sentimientos: declaró que era indigno del pueblo romano servir á las pasiones de los adversarios de Aníbal, que debia contentarse con haberle vencido por la fuerza de las armas, y no descender al papel de acusador privado. El ódio venció; se enviaron embajadores á Cartago á quejarse de que Aníbal concertaba un plan de guerra con el rey Antioco. Un historiador añade que el Senado recomendó secretamente á los diputados «que se deshicieran de él, si era posible, por mano de sus enemigos, y librasen al pueblo romano del temor de un nombre tan odioso» (1). Aníbal, que conocia á Roma, habia tomado todas las medidas para huir, y se retiró á la córte de Antioco. El Senado trató de hacerle sospechoso á su huésped; despues de la derrota del gran rey le impuso la obligacion de entregarle á Aníbal, diciendo que donde quiera que él estuviese no podia el pueblo romano contar con la paz (2). El desgraciado proscrito se refugió en la córte de Prusias: el ódio de los Romanos le persiguió allí tambien. Flaminio, el famoso libertador de Grecia, hallándose como embajador en la córte de Prusias, aparentemente para otros asuntos, se indignó de encontrar todavía con vida á Aníbal. Prusias, el más miserable entre los príncipes miserables que reinaban en Asia, estaba dispuesto á prestar ese servicio á sus amigos los Romanos, cuando Aníbal, presintiendo sus culpables designios, puso fin á sus dias. Fué tan grande en la adversidad como lo habia sido vencedor en los campos de batalla de

(1) JUSTIN., XXXI, 2.—LIV., XXXIII, 47.—C. NEPOS, *Hannib.*, c. 7.

(2) LIV., XXXVII, 45.—POLYB., XXII, 26, 11.

Italia (1). Su muerte misma atestigua su grandeza, pero también atestigua la decadencia moral de los que le llevaron al suicidio. ¿Obró Flamínio por sí al exigir la extradición ó la muerte de Aníbal? *Plutarco* empieza por suponerlo. *Tito Livio* quisiera cargar á Prusias la responsabilidad de este crimen. El atentado era digno de una aristocracia que hacía morir bajo el hacha á los reyes vencidos. Así *Plutarco* acabó por decir: «Algunos aseguran que Flamínio en este negocio no obró por su sola autoridad, que fué enviado á Prusias con Lucio Escipión, y que esta embajada no tenía más objeto que la muerte de Aníbal» (2).

La muerte de Aníbal aseguró el imperio del mundo en las manos de Roma. Mientras vivió, temía Roma que fuese el alma de alguna conjuración de todos sus enemigos. Estamos tan acostumbrados á ver coaliciones contra las potencias que aspiran á la monarquía universal, que nos cuesta trabajo creer que no haya habido alguna alianza semejante contra los Romanos. Roma tenía á Aníbal por adversario; Filippo y Antiocho estaban prontos á serlo; sin embargo, los Romanos y los Cartagineses luchan solos. El aislamiento en que vivían los pueblos antiguos explica en parte cómo Roma ha podido hacer sus vastas conquistas. Puede decirse en cierto sentido, con *Montesquieu*, «que había en aquel tiempo como dos mundos separados. En el uno combatían los Romanos y los Cartagineses; el otro estaba agitado por querellas que duraban desde la muerte de Alejandro; no se pensaba allí en lo que sucedía en Occidente.» Sin embargo, la separación no era tan absoluta como la supone el ilustre escritor. *Tito Livio* llega hasta á decir que todos los pueblos y todos los reyes tenían fijos los ojos sobre la lucha que debía decidir de su suerte (3). Esto es sin duda alguna una exageración en sentido contrario. Lo que es cierto es que las guerras púnicas tuvieron eco en Grecia. Los patriotas griegos y hombres políticos que quedaban veían formarse la tempestad del lado de Occidente; sentían que no había más que un medio de mantener la independencia de su patria contra los Bárbaros,

(1) MOMMSEN, *Römischen Geschichte*, t. I, p. 727.

(2) PLUTARCH., *Flamin.*, c. 21.—Tal es también la narración de CORNELIO NEPOTE (*Hannib.*, c. 12).

(3) LIV., XXIII, 33.

y era la unión de los Helenos. Pero ¿quién había de unir aquellas poblaciones que habían nacido divididas? ¿Quién había de mandarlas? No había más que una sola potencia capaz de imponer la unión á los griegos y de darles alguna fuerza, la Macedonia; esta misión era, por decirlo así, la herencia que Alejandro había dejado á sus sucesores. El rey Filippo envió embajadores á Aníbal, solicitado tal vez por el general Cartagines; se celebró un tratado, que hacía, según se dice, el reparto de la tierra entre Cartago y Filippo, concediendo el Occidente al uno y el Oriente al otro (1). Pero esta alianza, que hubiera podido ser fatal á Roma, no dió resultado. Filippo no comprendió su importancia, ó si la comprendió era indigno de realizar este gran designio; desdichado príncipe que quería y no quería y desperdiciaba tanto sus fuerzas como las de Grecia en hostilidades interiores. Los Romanos encontraron aliados en los Etolios, nación que vivía del pillaje; los conquistadores y los bandoleros se entendieron á expensas de la desgraciada Grecia. Así es como la política del Senado conjuró el peligro que amenazaba á la Ciudad Eterna: mientras que Filippo combatía á los Griegos, Aníbal se vió obligado á abandonar la Italia para salvar á Cartago. No puede, pues, decirse que el mundo antiguo sufrió el yugo de Roma porque no vió el peligro de la monarquía universal; lo vió y fué impotente para conjurarlo. Esta falta de energía para salvar lo más querido que el hombre tiene en el mundo, la independencia de la patria, ¿no es una justificación de las conquistas romanas? Los pueblos que no saben defender su libertad no son dignos de ser libres.

(1) LIV., XXIII, 33: La Italia entera, con la ciudad de Roma, debía ser el precio de la victoria para Cartago; después de la sumisión de la Italia, los Cartagineses pasarían á Grecia, y harían la guerra á todos los reyes que Filippo designase; los estados del continente y las islas que rodean á la Macedonia, habían de pertenecer á Filippo. El texto del tratado conservado por POLYBIO (VII, 9) no habla de esta repartición del mundo romano y griego.